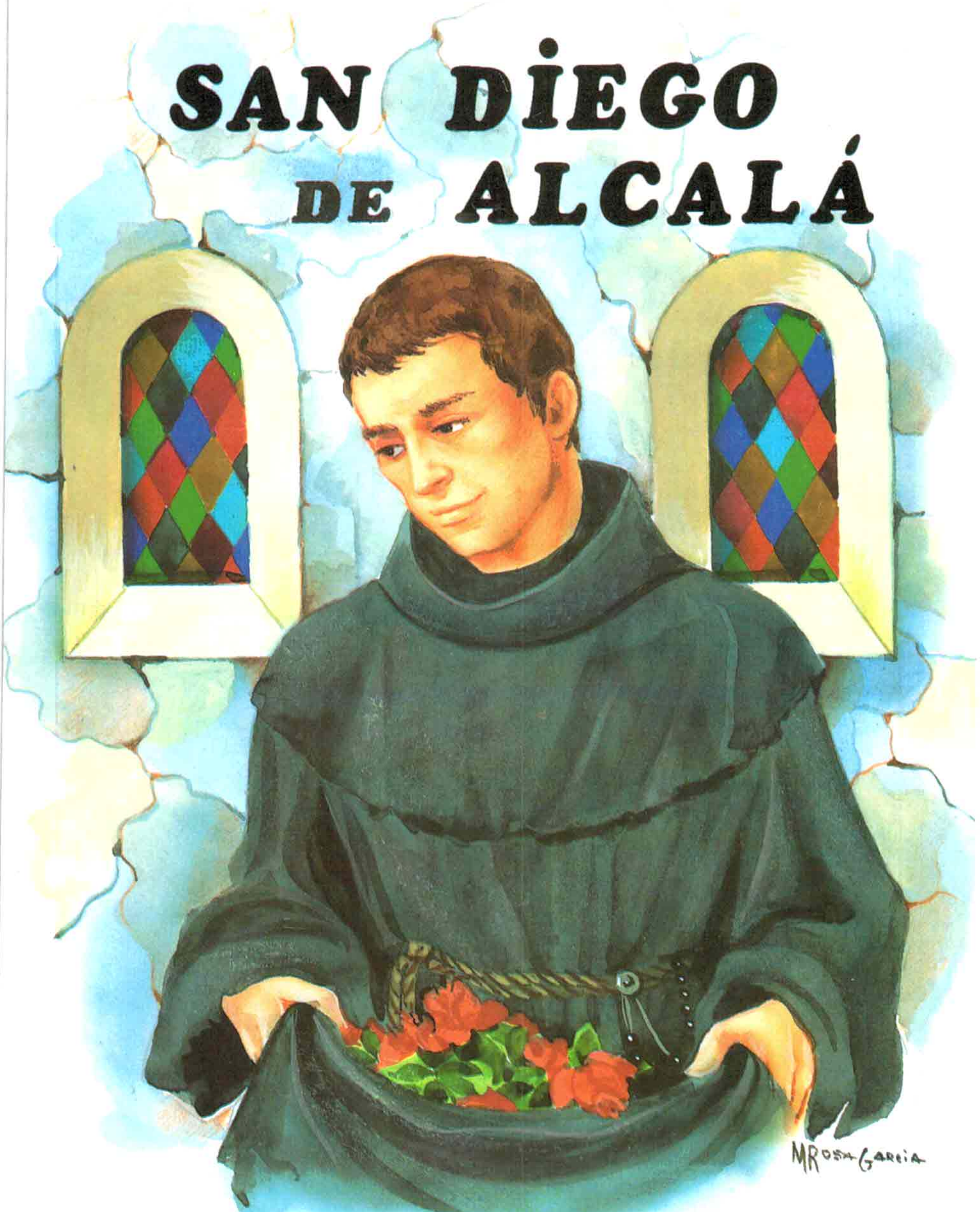
SAN DIEGO DE ALCALÁ



SAN DIEGO DE ALCALA

Fray Antonio Corredor García
O.F.M.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7656-182-2
Depósito Legal: B-1680-1991

Printed in Spain
Impreso en España por: G.M.S. Ibérica, S.A.
C/ Poblet, 19-21, entlo. 5ª 08028 - Barcelona

Patria y primeros años de San Diego

San Diego de Alcalá, llamado así por haber volado a la gloria en esta ciudad, nació en la primavera del año 1889, en San Nicolás del Puerto, villa del Arzobispado y Provincia de Sevilla, entre Constantina y Cazalla, en plena Sierra Morena.

Era Papa, a la sazón, Su Santidad Bonifacio IX, y Rey de Castilla, Enrique III, el Doliente.

Le pusieron, al bautizarlo, el nombre de Diego, que es lo mismo que Santiago, Jacobo y Jaime.

Todavía se conserva la pila donde recibió este santo sacramento. También la casa donde vio, por vez primera, la luz del mundo.

Sus padres, «pobres en hacienda, pero ricos en virtud», supieron inculcar, en el tierno corazón del niño, las cristianas enseñanzas que harían de él, con el correr del tiempo, uno de los santos más célebres de España.

Su primer director espiritual fue un piadoso sacerdote que llevaba vida ascética en una ermita dedicada a San Nicolás de Bari, en las cercanías del pueblo.

De cuando en cuando, escuchaba las pláticas que, para su provechosa formación, le dirigía su aventajado maestro.

Ejercía los cargos de criado y sacristán, y cultivaba una huerta para alimento de ambos y para poder socorrer a los muchos pobres que, implorando limosna, allí acudían.

Labraba también platos, cucharas y escudillas, y salía a pedir limosna por los pueblos comarcanos, todo con el mismo fin.

Así vivió varios años, ejercitándose en toda clase de virtudes, llevando una vida santa, desprendido de todo afecto terreno y dedicado al rezo y a la oración.

Se distinguió notablemente por su humildad, recibiendo con alegría cuanto le pudiese hacer despreciable a los ojos de los hombres.

Por fin, inspirado por el Espíritu Santo, determinó hacerse religioso de la Orden del Seráfico Padre San Francisco de Asís.

Ingresa San Diego en el Convento Franciscano de Arrizafa

Es admitido primeramente en las Ermitas de Córdoba, cuyos moradores eran terciarios franciscanos y vivían bajo la dirección de los Padres del Convento de San Francisco de Arrizafa, situado en la misma sierra de Córdoba, distante unos tres kilómetros de la ciudad, y perteneciente a la Custodia de Andalucía.

Estaba contento con ser terciario franciscano, pero anhelaba más: vestir la librea de la Primera Orden, cosa que realizó, con gran gozo de su alma, en dicho Convento de Arrizafa.

Avezado ya durante tantos años a la oración y penitencia, fue, desde un principio, modelo acabado de virtudes, observando la Regla Seráfica con la más grande y firme voluntad.

Pacticaba la obediencia, considerando a los religiosos que lo rodeaban como si fueran superiores suyos, y aceptando los deseos de los superiores como preceptos emanados del mismo Dios.

Acataba la voluntad divina incondicionalmente. No anhelaba otra cosa en este mundo que agradar al Señor, lo mismo en la salud que en la enfermedad, en las adversidades y contratiempos como en las gracias, bendiciones y faustos acontecimientos.

Los cargos y empleos le eran indiferentes. Sólo quería servir y obedecer.

Practicaba la estrechísima pobreza franciscana. Poseía únicamente el remendado hábito que lo cubría, el rosario que rezaba diariamente y un libro de pláticas espirituales. Y aún estaba bien despegado de estos objetos que sólo usaba por necesidad.

Del Convento de Arrizafa pasó luego a otros varios conventos de la Orden, entre ellos el de San Francisco de Ubeda. Como era tan devoto de la Santa Cruz, es tradición que labró aquí, a cincel, una cruz en una de las columnas del pórtico de la iglesia, para que la veneraran los fieles devotos que visitasen aquel lugar.

Fue, sobre todo, modelo de caridad, como veremos más adelante.

San Diego obra en Sevilla un famoso milagro

Dice el Padre José Isorna, ofm, en frase feliz, que «por donde pasa Fray Diego florecen los milagros como las rosas en primavera». Así no debe extrañarnos que, en las actas de canonización, se citen no menos de ciento treinta y cinco milagros comprobados.

Uno de ellos, y de los más ruidosos, es éste realizado en Sevilla:

Una madre tenía un niño de siete años, el cual era muy travieso, como suelen ser casi todos los de su edad.

Huyendo de un merecido castigo, se ocultó en el horno de hacer pan que había en su casa. La madre, ignorando que el niño se había escondido en aquel lugar, prendió fuego a la leña para comenzar el trabajo.

A las primeras llamaradas, el niño comienza a llorar. La madre lo conoce, y, sin poder hacer otra cosa, sale a la calle, gritando como una loca y pidiendo auxilio, en el preciso instante en que pasaba por allí nuestro Fray Diego, el cual, enterado de lo sucedido, dice a la mujer:

–Vete a la catedral y pídele a Ntra. Señora de la Antigua que salve a tu hijo.

Entra el Santo en la casa, se dirige hacia el horno y, ante numerosos testigos, exclama:

–Niño, vente a mis brazos, libre del fuego, para gloria de la Reina del Cielo y alegría de tu madre.

De repente apáganse las llamas y asoma el niño, contento y feliz, arrojándose en brazos de su libertador.

Van todos a la catedral a dar gracias a Dios y a la Santísima Virgen, y es entregado el niño, sano y salvo, a la piadosa y ya consolada madre.

Todavía existe en Sevilla la calle del Horno, que nos recuerda este famoso milagro de San Diego.

Confianza en Dios y otras grandes virtudes de San Diego

El Padre Esteban de Sanlúcar necesitó hacer un viaje a Sanlúcar de Barrameda, y lo acompañó Fray Diego.

Salieron muy temprano de Sevilla y a mediodía llegaron al pueblo de Los Palacios, donde, no sabemos por qué, no se alimentaron lo suficiente.

Muy pronto sufrieron las consecuencias, pues se sintieron desfallecer. Sobre todo, el Padre Esteban se encontraba muy agotado, sin fuerzas para acabar la jornada. Fray Diego lo animaba, diciéndole:

–¡Ea, Padre, confiemos en el Señor, pues El mismo nos ha de alimentar!

En efecto, de allí a poco, vieron al borde del camino un mantel con pan, pescado, vino y frutas. Y, no divisando a persona alguna por todo aquel contorno, exclamaron:

–Bien podemos comer, pues, sin duda, la divina Providencia nos ha deparado este beneficio.

Comieron y dieron gracias a Dios, que así les permitía llegar felizmente a Sanlúcar.

Para alcanzar San Diego la divina misericordia, practicaba las más grandes penitencias.

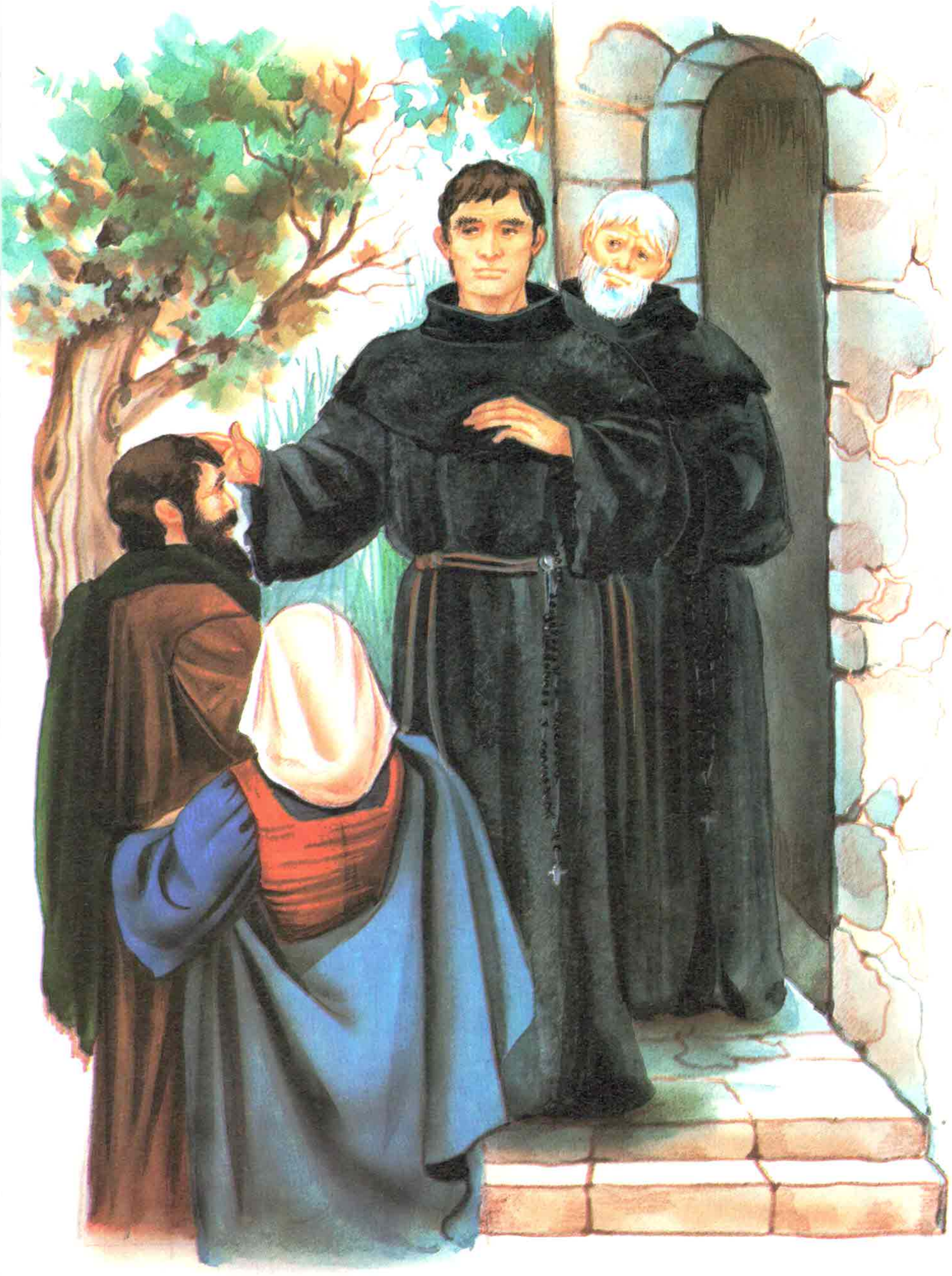
Se sabe que más de una vez se arrojó a un estanque helado para apagar los incendios de la concupiscencia.

Solía llevar consigo una cruz de palo, para tener siempre presente el recuerdo de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Se disciplinaba, ayunaba y rezaba por las benditas almas del Purgatorio, en especial cuando sabía que alguien había muerto sin recibir los últimos sacramentos. Entonces redoblaba los sufragios por aquella alma.

Solía, por las mañanas, rociar con agua bendita las sepulturas de la iglesia. En una ocasión vio cómo se alzaban de los sepulcros las almas de aquellos que todavía estaban retenidos en el Purgatorio, y le decían:

–¡A mí el agua bendita! ¡A mí! ¡A mí!



Va de misionero a las Islas Canarias

En compañía del Padre Juan de Santorcaz, es enviado Fray Diego a misionar las Islas Canarias, descubiertas por los españoles a principios del siglo XV.

Aunque no era sacerdote, nombran a San Diego Guardián del Convento de Betencuria, en la isla de Ferteventura.

Acepta el nombramiento con humildad, y algo primordial lo animaba, morir mártir por la fe de Jesucristo en aquellas Islas.

Podemos imaginar con qué celo trabajaría para ganar almas para Dios, pues en muy poco tiempo abrazaron gozosos aquellos naturales la verdadera religión.

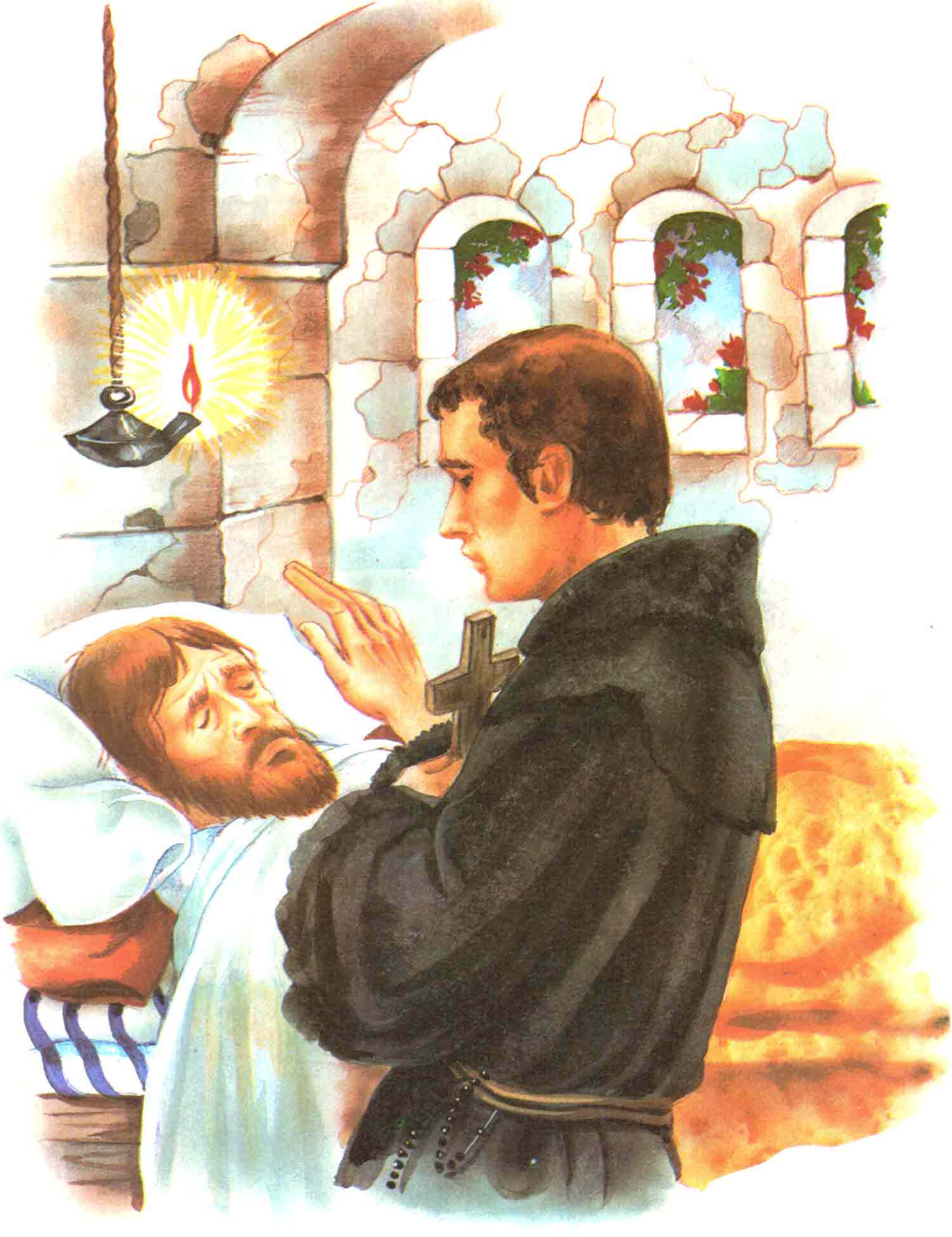
Como Superior, fue modelo para todos, y muy observante de la Santa Regla y de las costumbres de la Comunidad.

Para que no pudieran imputarle a él la falta de alguno de sus súbditos, Dios obró un milagro: Al sacristán se le olvidó una tarde toca a las Avemarías, pero la campana del Convento dio ella sola los nueve golpes, pudiendo así los religiosos rezar las preceptuadas oraciones a la Virgen.

Se acercó un día a comer dátiles de una palmera, y se hizo daño en la dentadura con uno de los huesos. Para que a otros no sucediera lo mismo, pidió al Señor que aquella palmera diera en adelante dátiles sin hueso. Así sucedió, y se conservó esta palmera, en la huerta del Convento de Betencuria, hasta el siglo XVIII, siendo causa de muchas conversiones.

Supo que en Gran Canaria era más difícil la predicación del Evngelio, y que, por lo tanto, más fácil la consecución del martirio. Decidió irse allá, pero los vientos de una horrible tempestad desviaron la nave, obligándola a refugiarse de nuevo en Fuerteventura, viendo por ello ser voluntad de Dios el permanecer en esta isla.

Cumplida su misión en las Canarias, vuelve San Diego a la Península.



Hace en Roma el oficio de maravilloso enfermero

El Papa Nicolás V publicó un Jubileo General para el Año Santo de 1450, y en la fiesta de Pentecostés se proponía canonizar a San Bernardino de Siena, el Apóstol del Nombre de Jesús.

Con este motivo, y con el de haber sido convocado también Capítulo General de la Orden, acuden a Roma cuatro mil franciscanos de todo el mundo.

Entre ellos destacaba, como astro de primera magnitud, nuestro glorioso San Diego, que había hecho el viaje acompañado de otro santo religioso, Fray Alonso de Castro.

Habiendo recorrido, a pie y descalzos, España, el mediodía de Francia y gran parte de Italia, llegaron a la Ciudad Eterna y se hospedaron en el Convento de Araceli.

A los pocos días, se declaró la peste en Roma, debido a la ingente multitud de peregrinos y a la poca higiene que se observaba en aquellos tiempos.

Uno de los primeros contagiados fue su compañero Fray Alonso, al cual atendió Fray Diego con el máximo esmero.

También cuidaba de otros enfermos, con mucha caridad, por cierto, por lo que los superiores fijaron sus miradas en el humilde andaluz y le dieron el cargo de enfermero mayor.

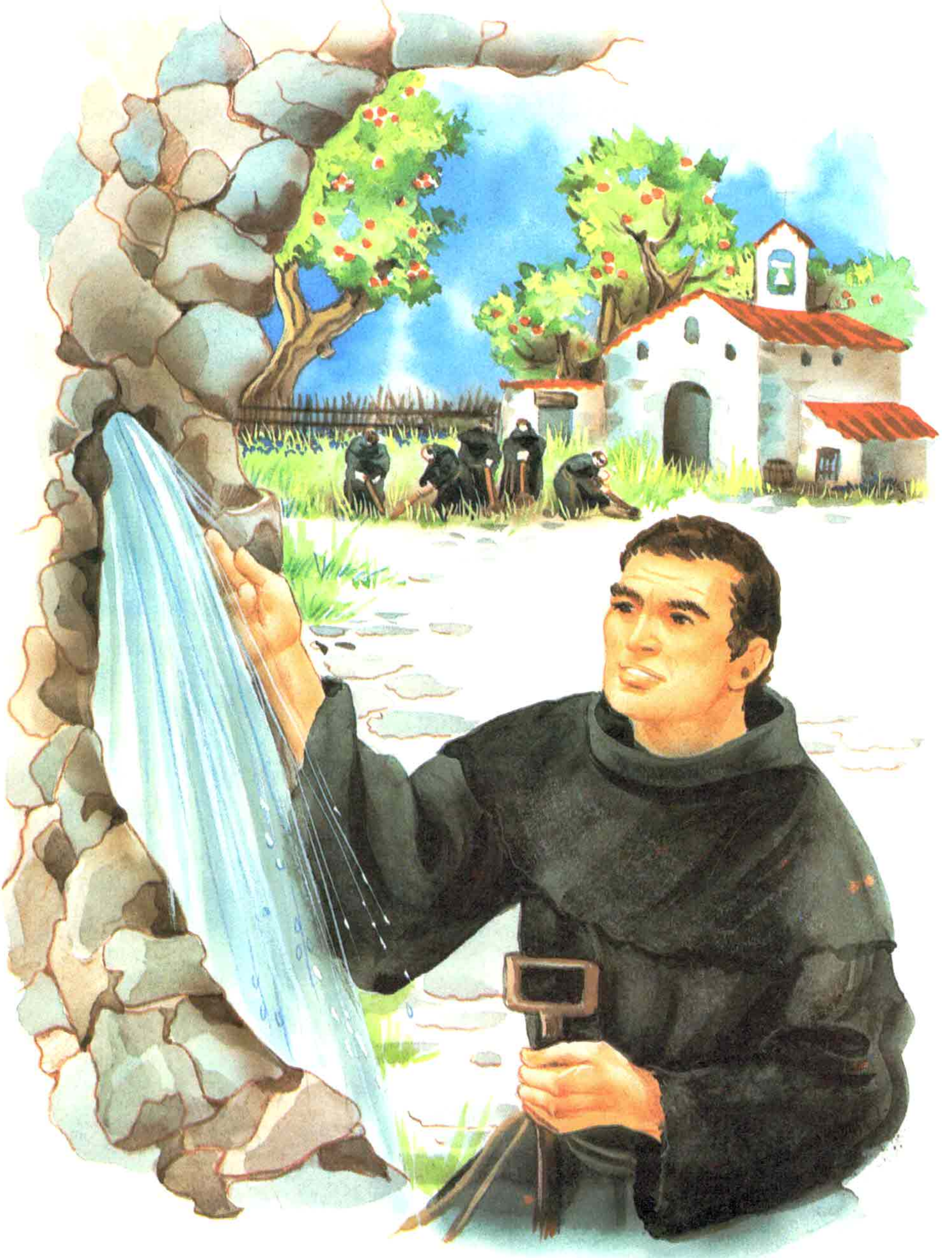
Los apestados aumentaban cada día, pero también se pudo comprobar que los alimentos y medicinas se multiplicaban prodigiosamente, cosa tanto más extraña cuanto que no solo en Roma, sino en el propio Convento escaseaban.

Su compasión hacia los miembros dolientes del cuerpo de Cristo, llegó hasta el heroísmo. Cierto día lo sorprendieron mientras besaba las llagas de un enfermo de lepra. El, para disimular, dijo:

–Así es como se cura esta enfermedad.

Aquel leproso sanó, como tantos otros enfermos, que debieron la salud a su atención y oraciones.

Al cabo de tres largos meses de estancia en Roma, decidió regresar a España.



Se retira San Diego al Convento de La Salceda

Tras su larga permanencia en Roma, sintió el Siervo de Dios grandes ansias de soledad y silencio, por lo que pidió a los Superiores lo destinaran a algún convento de Retiro.

Lo enviaron al Convento de Nuestra Señora de La Salceda, en la Alcarria, en Tendilla de Guadalajara, primero de la Observancia en España.

Ejerció allí el oficio de hortelano, procurando con gran esmero que la huerta produjera toda clase de plantas y hortalizas para consumo de la Comunidad, cuidando, sobre todo, de los semilleros de primavera.

Pero los conejos del monte entraban en la huerta y solían estropearlos y comérselos. Hasta que un día los sorprendió y, en vez de huir, se quedaron quietos, mirando a San Diego y como esperando una reprimenda.

El santo hortelano les pegaba cariñosamente con el cordón, mientras les decía:

–Ya os escarmentaré yo, glotones, para que no destruyáis las pobres hortalizas de que se alimentan mis hermanos, los siervos del Señor.

Y desde aquel día no se vieron más conejos por toda la huerta. Y contaba el Santo a los frailes, con gracia andaluza, que con el castigo impuesto ya se habían enmendado.

Agua escaseaba también en la huerta. Y varias veces los religiosos habían suplicado al Santo que alcanzara del cielo la gracia de un manantial.

No se hizo esperar mucho tiempo. Y así manó una copiosa fuente que, desde entonces, fue conocida con el nombre de «Fuente de San Diego». Y es fama de que sus aguas han obrado maravillas con los aquejados de alguna dolencia.

Fueron notorias sus frecuentes luchas con el demonio, de las que siempre, al pronunciar alguna jaculatoria, salía victorioso.

Los religiosos conocían muy bien su don de oración y contemplación, así como la fama de santo de que gozaba y que se iba extendiendo por todas partes.

Vive sus últimos años en Alcalá de Henares

El año 1456, llega San Diego al Convento de Santa María de Jesús, en Alcalá de Henares, que había fundado Don Alfonso Carrillo, Arzobispo de Toledo.

Para que el Santo pudiera dedicarse tranquilamente al trato íntimo con Dios, mandó erigir en la huerta una capilla dedicada a Nuestra Señora. Allí se le vio muchas veces levantado en los aires, todo arrebatado y absorto en las cosas celestiales.

Ejerció primero el oficio de hortelano. Las palomas, gorriones y otras aves ariscas, venían, con toda naturalidad, a comer en sus manos los granos que les ofrecía.

En este Convento dejó, al morir, y duró hasta la exclaustración de 1835, una parra que se llamó «Parra de San Diego», cuyos frutos, al ser comidos con devoción, obraron muchos milagros.

Luego fue portero del Convento. Practicó grandemente la caridad con los necesitados. Es muy conocido el milagro de las rosas:

Le había prohibido el Superior que diera excesivas limosnas a los pobres, ya que iba en detrimento de las necesidades de la Comunidad.

Un día de invierno se encontró con Fray Diego, que iba camino de la portería, ocultando algo en la falda del hábito.

Al acercarse a besar la mano al Padre Guardián, este le pregunta:

–¿Qué bulto es ese que lleva tan guardado en el hábito?

–Son rosas, Padre Guardián –contestó Fray Diego, desenvolviendo el hábito y mostrando varios ramos de frescas rosas.

El Superior, interpretando el milagro, le dijo:

–Bien, querido Fray Diego: poned esas flores a los pies de la Virgen Inmaculada.

Y desde aquella hora le permitió diera a los pobres cuantas limosnas quisiera.

Su devoción al Santísimo Sacramento

Sentía grandísima devoción al Santísimo Sacramento. Diariamente servía cuantas misas le era posible. Recibía al Señor en la sagrada Comunión siempre que se lo permitían, y aconsejaba a los demás que comulgaran con frecuencia, pero que lo hicieran siempre con viva fe, con pureza de conciencia, con humildad reverente, encendida caridad y rectitud de intención.

El tiempo que lo dejaban libre sus ocupaciones, lo pasaba junto al Sagrario. Allí adoraba a Jesús Sacramentado, unas veces postrado en tierra, otras con los brazos en cruz.

Dicen sus biógrafos que, cuando ayudaba las misas con el incensario o hacía de turiferario en cualquier otra función eucarística, salía de su cuerpo una fragancia tan exquisita que, venciendo a la del incensario, no dejaba duda en los religiosos de la altísima comunicación que gozaba su alma con Jesús Sacramentado.

Esto producía gran edificación en los frailes y en cuantas personas se daban cuenta de ello y confortaba y elevaba los espíritus.

Otra maravilla observada en el Santo, acaeció después de su muerte.

Muchas veces vieron que su cadáver se alzaba del sepulcro y adoraba al Santísimo Sacramento en el momento de la elevación de la Hostia y del Cáliz, en las misas que se celebraban ante sus restos mortales.

Testigo de ello fue el Venerable Padre Pedro de Saavedra, jesuita. Devotísimo de San Diego, lo había tomado por especial abogado suyo.

Solía oír misa casi diariamente en su Capilla y muchas veces vio cómo el Santo, en el momento de la Consagración, adoraba las Sagradas Especies, percibiendo, al mismo tiempo, un olor suavísimo, que se expandía por todo el recinto.

Es un milagro que nos demuestra la gran devoción de San Diego a la divina Eucaristía y cuánto agradaba al Señor el culto que siempre le había tributado su fino amante San Diego.

Amor filial a la Madre de Dios

No menor que a Jesús Sacramentado era la devoción que tributaba a la Santísima Virgen María.

Devoción que sus progenitores habían inculcado en él desde pequeño, pues la traía consigo cuando vistió el hábito franciscano.

Todos los milagros que hacía, procuraba se atribuyesen siempre a la poderosa intercesión de la Reina del Cielo.

Se valía para ello de una estratagema muy ingeniosa, y era que, a todos sus favorecidos, los mandaba primeramente a rezar delante de una imagen de María, después untaba al enfermo con aceite de la lámpara que ardía ante la venerada imagen, y, cuando el enfermo curaba, que era casi siempre, este podía creerse que había sido por intercesión directa de la Virgen y no por los propios méritos.

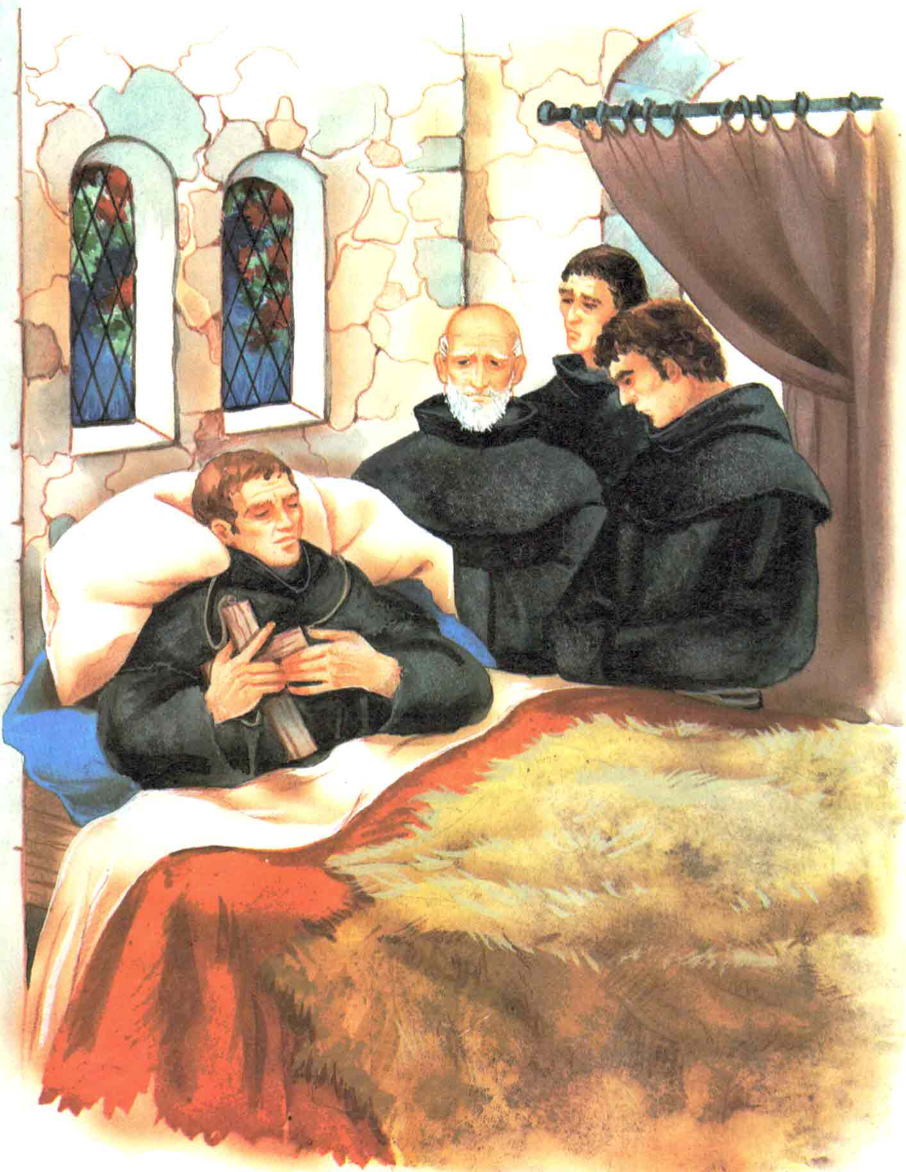
Así lo hizo en Roma, cuando la peste del año 1450. Así en Sevilla, donde tanto promovió, por este medio, la devoción a Nuestra Señora de la Antigua. Así también en Alcalá, en el Convento de Santa María de Jesús.

Por cierto que la imagen titular de este Convento no agradaba a la generalidad de los frailes. Por eso el Arzobispo de Toledo se decidió a que un buen artista tallara una nueva escultura, lo más preciosa que pudiera.

El escultor no quiso comprometerse a ello hasta tanto Fray Diego no le prometiera que iba a rogar al Señor y a la Santísima Virgen por el feliz éxito de su trabajo.

Testimonio de que las oraciones, cilicios y penitencias de Fray Diego fueron escuchados por el Altísimo, fue la prodigiosa imagen que el artista presentó a la consideración de la Comunidad y de los muchos fieles que asistían a aquel acto.

Todos la admiraban, y Felipe II llegó a decir que era la más bella imagen de María que había visto en todos sus Reinos.



Dichosa muerte de San Diego

Mucho sufrió San Diego durante toda su vida. Aun en sus últimos días se le formó en la muñeca izquierda una apostema que le hizo padecer lo indecible.

La fiebre lo debilitaba visiblemente. Al llegar su última hora, con el cordón puesto al cuello, pidió perdón a la Comunidad, y, besando la cruz que tenía en la mano, exclamó:

–«¡Dulce leño, dulces clavos, que llevasteis peso tan dulce! ¡Oh, Cruz, tú sola fuiste digna de sostener al Señor y Rey de los Cielos!»

Dichas estas palabras, voló su alma a la eternidad. Era sábado, 12 de noviembre de 1463.

A los cinco días de su muerte, fue sacado privadamente de la sepultura, hecho que se divulgó por el siguiente milagro:

Alvaro de Gaa, Mayordomo del Arzobispo de Toledo, tenía un hijo de tres años, gravemente enfermo, que había encomendado a San Diego. En el preciso instante de ser descubierto su cuerpo, grita el niño:

–Papá, papá, llévame a ver al Santo, pues me ha curado y me llama.

El padre supuso que el niño soñaba o deliraba y le contestó:

–Hijo mío, ya no podemos ver a ese Santo, pues murió el otro día y lo enterraron.

–No, papá, que está vivo y me ha curado y me llama con la mano para que vaya a verle.

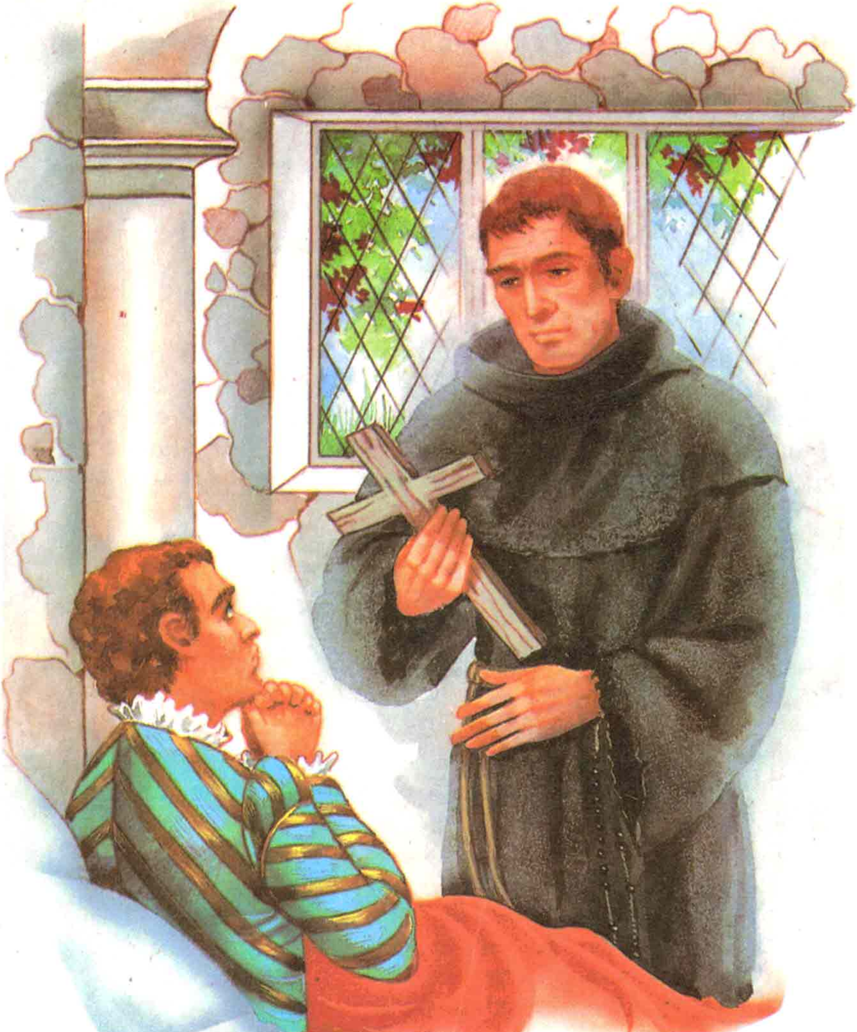
Como el niño lloraba, lo lleva al Convento y le dice:

–Mira, hijo, la sepultura donde enterraron a Fray Diego.

–No está enterrado Fray Diego, que yo lo veo. Tiene una cruz de oro en el pecho y otra de palo a los pies.

Se fijó el padre, y convencido de la realidad, salió a la calle gritando, por lo que acudió un gran gentío.

Durante seis meses estuvo el Santo expuesto a la veneración de los fieles. Su cuerpo se conserva incorrupto.



Es elevado al honor de los altares

Continuó San Diego haciendo prodigios después de su muerte, de tal manera que, antes de un año, pudieron presentar al Arzobispo de Toledo cien milagros autenticados. pero hasta un siglo después no fue exaltado a los altares.

Entre los seis milagros aprobados por la Sagrada Congregación de Ritos para su canonización, el más famoso de ellos es el siguiente:

El Príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II, estudiaba en Alcalá de Henares por el año 1562.

Jugando en las escaleras del palacio arzobispal, donde se hospedaba, se dio un golpe en la cabeza, efecto del cual se puso tan grave que, aplicados todos los remedios posibles, los médicos lo deshauciaron.

Como el Príncipe era muy devoto de San Diego, pidió que llevaran el sagrado cuerpo hasta su cámara. Puso la mano sobre él, pidiéndole, con gran devoción, que lo curara.

Se despidió el cortejo y el Príncipe ve en sueños a San Diego, vestido con su hábito y con su cruz en la mano. Con gran amor le dijo:

–Príncipe, confía en Dios, que sanarás.

Despertó el Príncipe, llamó a los médicos y, constatando que estaba completamente sano, exclamaron:

–¡Milagro! ¡Milagro!... ¡Que ya está bueno el Príncipe!

Este milagro recorrió España, Europa y América, encendiendo en todos gran devoción a San Diego.

El Rey Don Felipe y el Príncipe Don Carlos trabajaron todo lo posible para que comenzara la Causa de Canonización, la cual se vio concluida 25 años después, en que el Papa Sixto V, el 2 de julio de 1588, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, inscribió a San Diego en el catálogo de los Santos.

El Papa Inocencio XI mandó celebrar su fiesta el día 13 de noviembre.

¡GLORIOSO SAN DIEGO, ROGAD POR NOSOTROS!